

IN MEMORIAM

LA TAREA DE UN HISTORIADOR DEL NORTE CHILENO:
LA OBRA DE OSCAR BERMUDEZ MIRAL (1906-1983)

A Oscar Bermúdez, el espacio y la época, que le tocó nacer y vivir su juventud y madurez inicial, le determinaron sus dos coordenadas intelectuales: la descripción literaria de sus vivencias y observaciones en el extenso campo salitrero, y la atención que prestó a la historia del Norte Grande de su patria, poniendo su énfasis a la investigación en torno a los hombres e industrias que permitieron un desarrollo económico-social de tal paisaje, con especial dilección por todo lo concerniente al desenvolvimiento de la industria salitrera.

Nacido en Iquique, el principal puerto calichero; a temprana edad se relacionó con tal faena minera, tanto por su entorno familiar, como por su incorporación al mundo laboral de las «Oficinas», donde se desenvolvió en puestos administrativos.

Pudo ser testigo de excepción de los ciclo económicos del salitre, de las transformaciones tecnológicas verificadas en tal actividad, la sustitución del sistema Shanks por el Guggenheim, y de la crisis más acentuada de tal industria, en 1930. Tal experiencia, desde las entrañas de tal labor minera, le decidieron a constituirse en un intelectual al servicio del conocimiento de tal realidad económico-social. En la urbe natal pudo conocer la figura de Eduardo Barrios, uno de los vigorosos narradores chilenos de la época, a quien admiró y pronto siguió sus huellas. En Antofagasta empezaría en el periódico *El Sol*, en 1929, a publicar sus primeros artículos que recreaban la vida y trabajo del hombre de la pampa. La lectura de la novela *El valle de los gigantes* nos confidenciaría en la librería que teníamos con mi hermano Luis Gustavo, una primavera de 1977, le dio la idea de un proyecto más ambicioso,

incursionar en la novelística. Entre el naturalismo y el realismo que dominaban la plasmación literaria de la creación nortina (1), se inclinó por la primera escuela. De ahí que sus escritos en tal rama tienen esa detallada ambientación, de distintos datos técnicos o laborales, que con la minucia de los caracteres o «contenidos psicofisiológicos» de sus personajes, da lugar a una lectura densa, que mella la agilidad narrativa, pero que recoge con fidelidad la recreación de la rutina cotidiana de las «oficinas». En este sentido, tendió a asemejar sus novelas a lo emprendido por Emilio Zola en *Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio*. Su novelística, rigurosamente inédita, comprende las *Memorias de Joaquín Montana*, colección de seis novelas cíclicas en torno a un mismo personaje, *María Ester Paredes*, *El pintor*, *la jugadora y el mago*, *Estudio en gris*, *El imperio salitrero*, *La Pampa bárbara* y *La Pampa desnuda*, que constituye, a nuestro entender, la más lograda novela, y la «más clara expresión naturalista en la prosa nortina». Empero, fue en el relato corto donde tuvo mayores satisfacciones de tal inquietud intelectual. Mario Bahamonde, en su *Antología del cuento nortino*, recogió, quizá, su mejor cuento, *La oficina de Para*; años más tarde, en 1978, Alfredo Aranda incluyó el relato intitulado *El Hijo del Administrador* en su *Antología atacameña*.

Bermúdez fue consciente que por su estilo y la trama narrativa, esta obra de ficción sólo podía ser acogida y criticada en rigor por los que estaban compenetrados del significado que había tenido antaño la pampa salitrera, hasta 1930, a lo menos. En tal convicción, expresó siempre su desaliento sobre la suerte de tal obra. Sirva como anécdota las líneas que me remitiera en julio de 1983, cuando a raíz de una posibilidad de publicación de una antología de sus cuentos en dicha región salitrera, como fue, y es, en menor escala, Antofagasta, me señalaba que «un libro de narraciones pampinas, escritas por un historiador, requiere un prólogo de quien conozca mi labor historiográfica incrementada, o enriquecida si se quiere, con la narrativa testimonial, como es el caso de dichos cuentos o de *Pampa desnuda*».

Siempre pensamos que Oscar Bermúdez estuvo condicionado en las esperanzas que cifraba para Chile, por la atmósfera de frustraciones e ideales generacionales que se dieron lugar entre las postrimerías de la dictadura de Ibáñez del Campo y el primer

(1) Cfr. nuestro artículo «Breve bosquejo de la Pampa y del hombre nortino en la literatura chilena», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 12, 1983, 81-97.

gobierno radical, presidido por Aguirre Cerda. Después de sus colaboraciones en algunos números de *Yunque* y, fundamentalmente, en su ensayo *El drama político de Chile*, publicado en Santiago en 1947, no volvió —que sepamos— a expresar sus convicciones políticas-económicas. Podemos indicar que el historiador que conocimos fue el de espíritu tolerante, antidogmático, pluralista, rasgos que le distinguieron de sobremanera en su conversación diaria como en su trabajo.

En Antofagasta formó parte de la intelectualidad de más nota, durante 25 años —1958-1983—, conformando el aporte histórico a la trilogía compuesta por Andrés Sabella, el poeta por antonomasia de dicha «ciudad donde el Sol canta desnudo», y por Mario Bahamonde, el escritor taltalino —que le precedió en la muerte en 1979—, y que abrió nuevos modos narrativos a la prosa nortina.

Lo más relevante de Bermúdez fue, sin lugar a dudas, su oficio de historiador. Perteneciente a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en la que fue director, y a la Academia Chilena de la Historia, en sus últimos años, su labor se divulgará por dos canales principales: la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, órgano de la Sociedad mencionada, y por las revistas o ediciones que mantenía la Universidad del Norte, en la que fue investigador de la Facultad de Ciencias Sociales, en Antofagasta. Aun cuando Bermúdez insistió en su disconformidad a que se le catalogara exclusivamente un historiador; y más, todavía, el historiador del salitre: el conocimiento de su persona y obra está en relación directa con tal producción historiográfica y, en especial, de sus contribuciones al estudio de la industria salitrera.

El constituir sus investigaciones históricas lo más notable de Bermúdez, es obligado señalar, que éstas abarcaron dos campos de atención, distintos, en el Norte Grande: el estudio del pasado colonial, en sus aspectos económicos-sociales, y la historia de la industria salitrera, en su globalidad. No obstante, esta general temática nortina le permitió aunar toda su obra y dar paso a determinados rasgos de preocupaciones que fueron comunes a lo largo de su vida y obra, y que es lo que vamos a destacar.

Para Oscar Bermúdez, la historia era un todo de relaciones, donde cada individuo, según fuera la esfera de influencia, había logrado, en algún momento, marcar un hito en el recorrido de la historia. En este aspecto, aceptaba de buen grado la conciliación en el fenómeno histórico —en cuanto a influir— del peso de los intereses económicos con la gravitación que poseían determinados «hombres relevantes» —para usar la expresión de Emerson,

más acorde con su pensamiento que el de «héroe» de Carlyle—. Algunas páginas de *El drama político de Chile* atisban su posición al respecto. Una lectura de su trabajo histórico nos demuestra la importancia que concede el individuo, sea marcando el rumbo de los acontecimientos o impulsando el rol colectivo sobre un territorio. A su vez asigna un especial rol al espacio. El medio ha determinado comportamientos sociales y ha generado una economía peculiar que, paulatinamente, en algunos contornos del Norte Grande ha evolucionado de modo significativo, pero sin poder dominar el espacio; o bien, a resaltar las características distintivas donde se sitúa la historia: la aridez, la sequedad, el aislamiento, etc. Es por eso que escribió en su principal obra, *Historia del salitre*, 1963, que el conocimiento que se posea sobre el terreno donde se desenvuelven los hechos históricos, auxilian, en gran medida, la comprensión que se tenga sobre los mismos.

Una primera característica de su historiografía fue su proclividad respecto a personalidades conectadas con el desierto, sea científica, industrial o simple viajero. Un personaje le permite aproximarse y trazar tanto el esquema de una sociedad como la mentalidad epocal.

En *Las exploraciones del desierto de Atacama, dirigidas por don Francisco J. San Román* (R. Ch. y G., núm. 124, 1958), Bermúdez no repara solamente en los papeles que consignan el levantamiento de «la carta topográfica del desierto de Atacama», ordenada por el presidente Santa María, el 17 de abril de 1883, sino que recoge el espíritu de un hombre, la sensibilidad que demuestra ante la aspereza y magnitud del páramo y anota:

Además llevaba un diario de viajes y vida... documentos por los cuales San Román, demostrando un profundo sentido de responsabilidad profesional y funcionaria, quiso dar fe de los trabajos encomendados a la Comisión... su obra *Desiertos y Cordilleras de Atacama*, notable cualidad de su descripción, la evocación impresionante del ambiente geográfico, la abundancia de disgresiones sociales y humanas y tal vez, particularmente, por el sentido profundo que tenía San Román de "la naturaleza muerta".

En tal trabajo Bermúdez cuida de dar a conocer los rasgos distintivos del espíritu del hombre biografiado. Por eso no omite puntualizar el «sentido poético», v. gr., que existe en los apuntes de San Román, como ser «Lágrimas de la virgen», por gotas de rocío. Es un estilo que ameniza, que transmite la simpatía por su personaje, rescatando el hecho desconocido que permite ampliar el conocimiento de un hombre.

Desenterró varios personajes que el tiempo había olvidado en su relación con el desierto y el salitre, como Anken Nielsen o Melbourne Clark. De este último corrigió la creencia generalizada que fueran dos personajes —Melbourne, Clark—, apuntando en *Sobre la forma de escribir el nombre de la primera empresa salitrera de Antofagasta* («Ancora», 3, 1966), que:

no hemos encontrado otra referencia a este personaje cuyo paso por las costas del desierto de Atacama fue tan breve y circunstancial. Sin embargo, por escaso que fuera su intervención en esas actividades, legó su nombre a la historia de la industria salitrera de Antofagasta, al serle otorgado a la primera empresa explotadora.

Una de las figuras que más simpatía le despertó fue Juan López, el famoso «chango», primer poblador de Antofagasta, en 1866, donde aventura e iniciativa se daban lugar. En los *Orígenes históricos de Antofagasta*, Imprenta Universitaria, 1966, destinó un capítulo a repasar lo que la historia indicaba sobre tal semblante, donde leemos:

La sombra que envuelve la existencia de Juan López es tal vez uno de los mayores atractivos de este personaje, del que hasta aproximadamente los veinte años no se tiene noticia alguna.

En torno a esta «leyenda sin figura», como se refirió, Bermúdez, en cierta oportunidad, guardamos uno de los más gratos recuerdos del historiador. En ocasión de un ciclo de conferencias que organizamos sobre las coordenadas culturales de la región, después de algunas divagaciones, accedió a pronunciar su primera conferencia, el 25 de noviembre de 1978, eligiendo por tema «Juan López, y su tiempo». Esto grafica bastante el aprecio que sentía Bermúdez por el indómito poblador y minero. Al año siguiente, en un número especial de los cuadernillos «Hacia», que edita Sabella, su colaboración versó sobre el mismo personaje.

La relevancia del individuo en su historiografía penetró, asimismo, el desenvolvimiento de un pueblo. En sus artículos dedicados a Cobija es patente esa relación. El desarrollo de Cobija es la expresión de la pujanza comercial de Artola y Aguirrezavala. Aquello se puede detectar en *Las casas comerciales de Artola y Aguirrezavala* («Revista de la Universidad del Norte», abril 1967), donde apunta:

El período en que el señor Artola trabajó en sociedad con sus hijos parece haber sido aquel en que dio más extensión a sus negocios, iniciando entre otros la fundación de una importante industria

minera en el interior del departamento. Corresponde ese período al mayor auge comercial de Cobija, antes que la explotación de la plata y del salitre dieran desarrollo al puerto de Antofagasta.

Estos «Apuntes para la historia de Cobija» reflejan con precisión los roles de José María Artola y Juan José Aguirrezavala, comerciantes españoles, en el apogeo de Cobija.

En el acopio de documentos presentados bajo el título *Repercusiones en Cobija de la Guerra de España* («R. Ch. H. y G.», número 143, 1975), se observa el desarrollo del conflicto internacional en conexión a la influencia y reacción que originaban los industriales comerciantes hispanos, donde escribe:

La reacción anti-Artola no se debía únicamente a la abierta posición pro-española del famoso empresario... la larga situación conflictiva entre esta casa y la autoridad prefectural y entre la misma entidad comercial y numerosos deudores de Artola, en los años 1863, 64, 65 y comienzos del 66.

Aprovechando el obsequio del historiador Roberto Hernández —el investigador que le precedió en el tema salitrero— de las 38 ediciones del periódico *El Chileno*, que contenía un estudio de Nicolás Palacios sobre la sangrienta huelga de Iquique de 9 de diciembre de 1907, da a luz *El doctor Nicolás Palacios y la industria del salitre* («R. Ch. H. y G.», núm. 136, 1968).

Al dar cuenta de tal colaboración periodística, del célebre y controvertido autor de *Raza chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, «leit motiv», del artículo de Bermúdez, éste concluía:

Sin embargo, el aporte de Palacios al debate de los problemas salitreros ha pasado inadvertido en la bibliografía salitrera especializada y general.

Cabe hacer notar que en su principal obra, *Historia del salitre: desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*, Editorial Universitaria, 1963, se hallan en los capítulos III, IV y V, párrafos que reseñan algunas personalidades como ser, Agustín Edwards, Francisco Puelma, Jorge Smith, Pedro Gamboni, William Bollaert, Santiago Humberstone y otros, que atestiguan el significado del individuo en su historiografía. Sus referencias unen la imagen surgida de los repertorios documentales con la emanada de la estricta función literaria. El boceto de Jorge Smith es ilustrativo al punto:

La flacura de Smith debe haberle dado un aire de mayor juventud con su rostro largo y enjuto, pronunciado por un fuerte perfil nasal,

ojos claros, vivos y el cabello abundante y poco ordenado. Podemos imaginarlo vistiendo un levitón claro, pantalones muy ajustados y sombrero de alas anchas.

Aludiendo a Santiago Humberstone, acota:

Los dioses tutelares del salitre se le mostraron favorables desde el primer momento... Una de las conversaciones más frecuentes entre los jefes de la oficina eran las dificultades que se presentaban en la elaboración del salitre... Con la adaptación del sistema Shenks, don Santiago Humberstone no había hecho más que dar comienzo a una larga serie de aportes que, a lo largo de medio siglo, iba a dar a la industria del nitrato.

Pero no solamente, como hemos aseverado fueron los hombres de ciencia, industriales o comerciantes, los que se vieron favorecidos por la pluma de Bermúdez, sino, también, los viajeros. En los *Orígenes históricos de Antofagasta*, al describir la costa, se detiene:

¿Qué otro visitante ilustre, después de O'Connor, puso su pie en el arenoso y solitario lugar, objeto de nuestro estudio?
El fue William Bollaert, famoso viajero e investigador científico.

La admiración que nace por Bollaert concluye en el *Esbozo biográfico de William Bollaert* («Norte Grande», Instituto Geográfico de la Universidad Católica de Chile, vol. I, núm. 74, 1975). En tal perfil recurre nuevamente a mostrar lo distintivo e ignorado del personaje:

Explorador de regiones geográficas pero también de dominio espiritual, ha excursionado en las ciencias de la tierra, en la historia, circunstancialmente en el ámbito político y hasta, sorprendentemente, en un descriptor de paisajes en el campo de la literatura y el drama.

En su fuero interno la búsqueda de su biografiado, le permitió encontrar un hombre con muchas similitudes espirituales a él, de ahí la constatación de su asombro. Con ligeras adiciones, entregó este mismo trabajo al *Cuaderno de la Sección Historia*, de la Universidad del Norte —Antofagasta—, que lo reeditó en el núm. 2, septiembre de 1975.

Fue con la publicación de *Estudios de Antonio O'Brien sobre Tarapacá*, Universidad del Norte, 1975, donde establece la más nítida visión del nexo entre el hombre y el paisaje. A través de esta vocación biográfica se desvela los antecedentes de su preocupación ecologista. Reparó, y demandó reconocimiento, sobre la gran contribución al saber geográfico y económico de la región del desta-

cado sevillano que al servicio del virrey Manuel Amat, estudió dicho espacio. Uniendo, en el tiempo, y en aquel páramo, lo adeudado a San Román y a O'Brien, acotó:

Gran parte de la nomenclatura que han recibido numerosos caracteres orográficos del interior de la provincia de Antofagasta —el despoblado de Atacama— no existirían todavía en los primeros tres cuartos del siglo pasado, hasta que el ingeniero de minas, explorador y geógrafo Francisco San Román propuso al gobierno la designación de nombres...

Creemos que sería acertado dar reconocimiento oficial a la nominación Pampa O'Brien, para así perpetuar en una porción del desierto de Tarapacá, que según él había sido y volvería a ser fértilísimo, el nombre de Antonio O'Brien.

Esta atención por el espacio, el paisaje desértico, la inauguró en su artículo inicial para *Revista Chilena de Historia y Geografía*, dedicado a Francisco San Román. En la *Historia del Salitre* pudo exponer, como se lo demandaba el tema, un cuadro del paisaje en toda su amplitud, dando cabida a licencias netamente literarias:

La región desértica de Chile, verdadero mundo de soluciones concentradas, ofrece como paisaje características únicas que se advierten ya al enfrentarla desde la costa.

.....

El agua y la planta dan gracia y ternura al paisaje geográfico, que finalmente es transformada por la actividad del hombre. En el desierto las fuerzas elementales se muestran al desnudo. El hombre enclava aquí sus industrias y sus pueblos, pero no cambia la faz del paisaje.

El conocimiento geográfico que gustaba converger en el dominio de lo histórico, lo demuestra, al escribir el *Perfil histórico de Cobija*, «Boletín de la Asociación de Geógrafos de Chile», núm. 3, 1967, en una economía de palabras, la razón del asentamiento humano en aquel puerto:

La existencia de vertientes de agua dulce y salobres en los contornos hizo posible la radicación de agrupaciones de pescadores desde períodos anteriores al hispano.

En *Estudios de Antonio O'Brien sobre Tarapacá* profundiza en los factores del agua y la ecología, como claves de la evolución de la presencia demográfica en el desierto. Siguiendo los informes de O'Brien sobre la destrucción de la arboleda, sea por el terreno impropio, alto, donde las aguas subterráneas quedan muy profundas, o por cuanto «es mucha cantidad de ellos que cortan leña...,

siendo lo que más destruye esta arboleda», agrega estas palabras de reflexión que sirven de preámbulo a lo que acotará, finalmente, O'Brien:

Después de mencionar la forma como se le fabricaba, agrega esta frase tan significativa que sólo hoy podemos apreciarlo en su valor real:

Y de este modo han destruido la mayor parte de la arboleda, con muy poca utilidad, y si no se pone remedio vendrán a quedar en menor tiempo del que piensen sin leña ni carbón ni dónde ir a buscarla.

Y refiriéndose a la denominación de «Pampa del Tamarugal», Bermúdez precisa:

Creemos en suma que esta nomenclatura, "Pampa del Tamarugal", nace precisamente entonces —comienzos de la era republicana—, motivada por la utilización de troncos de árboles que se requería como combustible en las faenas elaboradas de las oficinas salitreras llamadas de Paradas.

Posteriormente ahondará sus investigaciones sobre el trabajo de los «canchones», o sea, plantaciones que se alimentaban de agua subterránea sin la necesidad de riego, en su ponencia «*La agricultura sin riego en la zona de canchones (Tarapacá, norte de Chile)*», presentada en el VII Congreso de Arqueología de Chile, en octubre-noviembre de 1977.

La constatación de una realidad objetiva, que emana de los documentos y guarismos y del propio conocimiento —y vivencias— de la región de Tarapacá, le permite enunciar un determinismo geográfico en el tiempo. En su trabajo *La población de la doctrina de Pica. Segunda mitad del siglo XVIII* (Revista «Chungara», Arica, Universidad del Norte, núm. 6, año 1980-, afirma al respecto:

En realidad, la condición socio-económica de las poblaciones indígenas no puede explicarse sin tener en cuenta no sólo el régimen administrativo de los españoles, sino, además, las condiciones físicas indicadas, específicamente la extrema escasez de recursos hídricos. Los mismos factores —sequedad y aislamiento geográfico— obrarán también negativamente sobre los centros de la colonización hispánica, mientras éste se basó principalmente en la economía agrícola.

Reafirmará con énfasis tal pensamiento geográfico en su artículo *San Andrés de Pica. Perfiles históricos* («R. Ch. H. y G.», núm. 148, 1980), al puntualizar el papel del agua en la historia regional:

En la historia del Norte Grande, desde las culturas prehispánicas, el capítulo más dramático ha sido siempre la lucha por el agua.

La referencia a las culturas prehispánicas nos conduce a tratar, brevemente, cómo éstas fueron atendidas en su visión histórica. La preocupación por aquellos pueblos le valió ser considerado por el antropólogo Jorge Hidalgo, como uno de los estudiosos que contribuyeron, en el Norte, a la «historia de grupos étnicos». Las puntualizaciones concernientes a dichos conglomerados las estimó obligadas, como marco histórico, para el análisis de temas de la colonia y era republicana. En la *Historia de la Municipalidad de Antofagasta, 1872-1885* («R. Ch. H. y G.»; núm. 126, 1958), señaló explícitamente, la necesidad de aludir a los pueblos prehispánicos:

Parécenos adecuado dedicar esta introducción a descubrir, aunque sea rápidamente, los comienzos históricos de la ciudad. Antes de referirnos a ellos, sin embargo, considero tener una idea de las poblaciones que de mucho antes existían en la actual provincia de Antofagasta, cuya porción septentrional dependía entonces de la República de Bolivia, si bien sus límites con Chile estaban aún indeterminados.

Así tuvieron cabida en sus obras los changos y atacameños. Las referencias a dichos pueblos fueron sólo de divulgación, siguiendo las orientaciones de Ricardo Latcham y Gustavo le Paige. Aspectos de tal atención por las culturas prehispánicas, ubicadas en la parte septentrional de Chile, se aprecian en los *Orígenes históricos de Antofagasta*, en el *Perfil histórico de Cobija*, y una mención fugaz en su artículo *Empleo de la balsa de cueros de lobo marino en el embarque del salitre* («Revista Universidad del Norte», vol. II, número 1, abril 1968).

El estudio del desenvolvimiento urbano, tanto en la costa como en el interior del Norte Grande, condujo a Bermúdez, cuando no ser pionero, contribuir notablemente a los estudios en torno a Antofagasta, Cobija y San Andrés de Pica. En su *Historia de la Municipalidad de Antofagasta, 1872-1885*, evaluó la acción edilicia en el desarrollo de ésta, durante los períodos boliviano y chileno, poniendo de relieve cómo durante su gestación dicha Municipalidad contó siempre con un predominio casi absoluto del elemento chileno en los diversos cargos y tareas. Retomó el tema en su artículo *La labor de la Municipalidad de Antofagasta antes de la Guerra del Pacífico*, que vio luz, en «El Mercurio de Antofagasta», el 1 de febrero de 1963. Dedicó un capítulo a recrear la vida cotidiana de Antofagasta en sus primeros años de vida en los *Orígenes históricos de Antofagasta*.

En cuanto a Cobija, el principal puerto boliviano, que surgió como caleta de pescadores y terminó como tal, ya hemos hecho

mención de los artículos que dedicó a este núcleo portuario. La conclusión a que llegó Bermúdez la estampó en las *Repercusiones en Cobija de la Guerra de España*:

La imagen que Cobija ha proyectado en el tiempo, después de su lenta decadencia y extinción, resulta excesiva con relación a la realidad que puede detectarse en la investigación histórica. Su población máxima no alcanzó a cinco mil habitantes.

San Andrés de Pica, uno de los villorrios más importantes durante la Colonia, constituyó el tercer asentamiento urbano al que Bermúdez prestó atención relevante. En *Pica en el siglo XVIII. Estructura económica y social*, 1973, puso de relieve, en su examen de tales estructuras, las relaciones entre las familias y el poder social, que caracterizaron el desenvolvimiento de aquel pueblo. Escribió:

¿Será necesario dedicar un extenso capítulo para ilustrar al lector sobre las principales familias de Pica y Matilla? Ningún otro pueblo en el norte chileno ha sido más influido que éstos por los grupos familiares que, asentados en ellos desde muy temprano, han perdurado a lo largo de un acaecer de siglos. La tónica cultural española tanto como la acción económica fueron en Pica y Matilla sostenidas no por "masas" ni por "individuos", sino por "familias". Si bien algunos individuos se destacan casi solitarios —José Basilio de la Fuente, Bartolomé Luis de Loayza, Gaspar Jacinto de Loayza—, si bien detrás hay una masa, el acaecer diario y secular están impulsados por los grupos familiares.

En su posterior trabajo de 1980, *La población indígena de la Doctrina de Pica. Segunda mitad del siglo XVIII*, expuso las renchillas entre piqueños y matillanos, originados no tanto, «en factores económicos que en el prejuicio de superioridad racial y social». Guiándose de las informaciones del deán Echeverría, puntualizó:

Matilla fue "lugar de los más españoles" y la tradición ha conservado el recuerdo de una mayor pureza de sangre española en Matilla. La población indígena tuvo su mayor densidad en el oasis de Pica que en el resto del área.

El tratamiento del tema lo resumió, en gran medida, en *San Andrés de Pica. Perfiles históricos*.

Aun cuando esta reseña de los títulos de su quehacer historiográfico arroja, meridianamente, el campo que abarcó esa vocación, por el pasado del norte chileno; su pasión fue lo más inmediato: reconstruir el mundo de la pampa salitrera. En tal cantera de la historia, además de los trabajos sobre la industria salitrera que

hemos mencionado, cabe agregar, como fragmentos de aquella dedicación, sus estudios sobre *La pólvora en Chile durante la Colonia* («R. Ch. H. y G.», núm. 130, 1962); *El salitre de Tarapacá y Antofagasta durante la ocupación militar chilena* («Anales de la Universidad del Norte», Antofagasta, núm. 5, 1966), y *Las oficinas salitreras adyacentes a la línea del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia* («Boletín de la Asociación de Geógrafos de Chile», I, diciembre 1967).

En 1982 concluyó la redacción del segundo volumen de su *Historia del Salitre*, que abarca el desarrollo de tal industria, desde la Guerra del Pacífico hasta la revolución de 1891. Con tal obra finalizaba sus investigaciones sobre tal tópico. La obra se editaría póstumamente... La «salud cardíaca», como se refería, le estaba resintiendo cada día más. El 7 de noviembre de 1983 la vida se le escapó. Quiso el destino que el primer reconocimiento público a su obra y figura lo expresara su buen amigo británico, el historiador Harold Blakamore, especialista en la industria salitrera.

JOSE ANTONIO GONZALEZ P.
Sociedad Chilena de Historia y Geografía